



“Informe”

Amaya Paula Mariana^{1,2}

1-Docente Universitaria. Universidad de San Pablo T.

2-Miembro de “*Primum Audire*” grupo independiente e interdisciplinario de Medicina Narrativa. Tucumán, Argentina.

Correo electrónico de contacto: pau241021@gmail.com

Recibido: 1 de Octubre de 2022 - Aceptado: 24 de Noviembre de 2022

Dice el diccionario del sitio Web Léxico, de Oxford University, acerca de la definición de informe: “Exposición oral o escrita sobre el estado de una cosa o de una persona, sobre las circunstancias que rodean un hecho, etc.”

Deseo contarles sobre un tipo de informe, se trata de una “exposición” que nadie quiere dar. Sí, hay algunas explicaciones y noticias que nos resultan incómodas, algunas hasta nos invalidan. Los médicos solemos dar muchos “informes” sobre el estado de los pacientes, a nuestros colegas en la revista de sala, a los auditores de las obras sociales, etc. Sin dudas, aquellos para los cuales se necesitan competencias especiales, son los que debemos comunicarles cara a cara a los familiares de nuestros pacientes. Durante la pandemia aprendimos a mandar mensajes de WSP, audios y hasta hicimos videollamadas con ellos. Poco a poco, uno se acostumbra a interactuar con las personas preocupadas por el estado de sus seres queridos; estas “exposiciones” se van convirtiendo en rutinas de todos los días.

Es así, pero el primer informe sobre una muerte, creo yo, es el que nunca se olvida. Al menos yo recuerdo esa primera vez con todo lujo de detalles: Estaba comenzando los primeros meses de mi segundo año en la residencia de cardiología. Como todos saben, en una unidad coronaria es frecuente que se mueran pacientes a pesar de nuestros esfuerzos, forma parte de nuestro oficio. Inmediatamente después de un fallecimiento, nuestro deber consiste en informar del mismo a la familia del paciente, que en general se encuentra en la sala de espera. Esa ingrata tarea, es realizada por los residentes superiores que se hallan allí en ese momento.

Aquella mañana, yo llevaba 25 hs de guardia, estaba agotada y aún me quedaban por delante 7 horas. Habíamos estado trabajando toda la noche para mantener con vida a un

paciente de 40 años que había ingresado con un infarto agudo de miocardio. Su estado era muy complicado, al punto de que su única esperanza era ingresar en lista de espera de emergencia de trasplante cardíaco. Habíamos puesto en ello, todo nuestro empeño, pero no alcanzó. Esa mañana murió, luego de una extenuante reanimación cardiovascular que involucró nuestro esfuerzo psíquico y físico. Alrededor de la cama del paciente, aún estaba el carro de paro, había caos, desorden, guantes, jeringas, ampollas rotas y caras abatidas. Hubo silencio y mi compañera me dijo, en un intento de desdramatizar la situación: ¡Chiquita, hoy te haces grande, salí a darle el “informe” a la esposa! Mi primera reacción fue decirle NO. Me lanzó una de esas miradas de las que no dejan opción. Por el respeto que le tenía, no dije nada y me dirigí a la salida de la unidad coronaria por la puerta fría de metal pesado. En la sala de espera me encontré inmediatamente con la esposa del paciente. Estaba llorando sentada en un banco, sola, por su actitud parecía estar orando. Con el ruido de la puerta levantó la vista, me vio aparecer y le dije, como pude: Señora, venga conmigo por favor.

A un lado había una pequeña habitación que hacía a las veces de fotocopiadora, receptáculo de los casilleros donde guardábamos nuestras pertenencias, sala de reprimendas (entre los residentes y/o de jefes para con los residentes). Pero el peor de sus usos era el de albergar una silla donde se solían sentar los familiares para recibir los informes de muerte. Ellos no lo sabían, pero cuando algunos de nosotros veíamos a alguien allí sentado y a continuación la puerta que se cerraba, no hacía falta ninguna explicación. En ese espacio reducido estábamos ella y yo, la invité a sentarse en la silla y le dije, palabras más, palabras menos: Señora, usted sabe que su marido estaba grave. Que entró en paro cardíaco. Hicimos todo lo que pudimos, pero no salió (no pude decir la palabra muerte), lo siento mucho. ¿Puedo ayudarla con algo? ¿Necesita que llame a alguien? Ella no decía nada, lloraba desconsoladamente; luego de unos momentos que me parecieron eternos, mientras yo la miraba y le acariciaba el hombro, volví a hablar: tómese el tiempo que necesite y cuando usted quiera entrar yo la acompaño. Apenas tuve tiempo de terminar la frase cuando ella tomó con ambas manos mis antebrazos y me puso frente a su cara. Fueron unos segundos vertiginosos en donde yo pensaba si me golpearía, si me iba a gritar... No atiné a hacer nada más que mirarla a los ojos mientras los míos se inundaban de lágrimas. En esa situación permanecimos unos segundos, cuando me dijo: Nosotros estábamos tomando mate ayer a la mañana, él se fue bien al trabajo... Yo tengo 2 hijas, una de 8 y otra de 6 años, dígame como les digo, como les explico esto que usted me está diciendo. ¡DIGAME!



Me quede atónita. Yo que siempre encuentro palabras para todo, le respondí: NO SÉ, NO SÉ. Ella me soltó los antebrazos, me puse en cuclillas y nos fundimos en un abrazo de lágrimas.